

LEER: UN VERBO QUE SE APRENDE EN GERUNDIO

(Ensayo)

Nelson D'Olivares Durán²⁴

Clara Liliana Castebianco Cifuentes²⁵

Los profesores, en general, se quejan de la escasez del buen hábito de la lectura (y la escritura) de los universitarios, hábitos fundamentales para el ejercicio académico. Muchos “primiparos” ingresan a la universidad sin el respaldo lecto-escritural necesario para cumplir con los requerimientos y resistir a las exigencias que la educación superior les proyecta. Estos nuevos estudiantes tienen claridad práctica para desenvolverse en los *campus*: asisten al salón de clases, van a la fotocopidora, interactúan con los compañeros usando el internet en su computador, *tablet*, celular bajo el manto tecnológico de aplicaciones como *whatsapp* y demás redes sociales, sin mencionar la individualidad de los audífonos.

Estas son situaciones de uso del lenguaje donde no solo el acto de razonar es mezquino, sino que la reflexión, la criticidad, la interpretación, la curiosidad, entre otras, no se presentan o resultan aisladas del contexto académico, lo cual causa una baja producción intelectual y, por ende, bajo rendimiento académico

La complicación formal está en las repercusiones que acarrea el hecho de no leer. Los adolescentes que terminan undécimo grado creen tener en sus cabezas todo lo que hay que saber para continuar la vida. La mayoría de ellos son jóvenes “relajados” y no le dan importancia a su situación sentimental, familiar, laboral y, un poco menos, a su situación académica, quizás solo están pensando en su grupo de amigos y el campeonato de *Pro Evolution Soccer* en la consola o el *FIFA 2018* en el *pc*.

24 Candidato a Doctor en Lenguaje y Cultura-UPTC. Especialista en Filosofía Contemporánea-Universidad de San Buenaventura. Licenciado en Idiomas Modernos-UPTC. Investigador del grupo de investigación Filosofía, Sociedad y Educación, UPTC. Profesor FESAD - UPTC.

25 Magíster en Educación-UPTC. Licenciada en Educación Preescolar-UPTC. Investigadora del grupo de investigación AION-UPTC. Profesora de la Escuela de Educación Infantil-UPTC.

No obstante, los principiantes universitarios siguen soñando con encontrar el brebaje mágico ingerible que los convierta en jovencitos interesantes, sin darse cuenta que esa poción la tienen en sus manos y sin dosis prescritas, en primer lugar: poesía, novelas y cuentos de humor, historia, ciencia ficción, terror, aventura. Coplas, adivinanzas, trabalenguas, chistes, grafitis, caricaturas, etc. En segundo lugar, artículos, ensayos, reseñas, resúmenes, comentarios académicos de medicina, derecho, educación, ingeniería, literatura, etc. En tercer lugar: lecturas de periódicos, revistas, gacetas, boletines, hojas sueltas, etc., y mucho más. Esas son las pócimas para enfrentarse a esta realidad tan revuelta, y no permanecer en la seguridad de no saber algo o no tener temas, argumentos e ideas para sostener una conversación.

Más aún, todos ellos están en la flor de la juventud. En sus plenos 16, 17 y uno que otro que alcanza los 18. Quizás esto no sea una ventaja para la vida académica, ya que como adolescentes se distraen, entre otras cosas, buscando ser aceptados dentro de un grupo. Como jóvenes que son, se esperaría que fueran más generosos y activos académicamente, que derrocharan curiosidad en las palabras, en los libros, en el “buen” cine, música, en las bibliotecas, en los cuadernos, en los “quizzes” y “parciales”, pero infortunadamente, el “gasto” está puesto en intereses vacíos. Por supuesto, no se generaliza, puesto que de 35 o 40 estudiantes, que tiene un grupo promedio actualmente, no más de diez hacen su mejor esfuerzo para leer y producir un breve texto escrito.

Asimismo, los estudiantes neófitos, insisto no todos, llegan desubicados en este nuevo mundo de responsabilidades, de autocontrol, de madurez, de cambio. Muchos piensan que entrar a la universidad es una actividad más en la escalera de los logros de la vida, y no perciben el compromiso adquirido con la solución a muchos problemas que la sociedad les reclama. Por esto, algunos toman la lectura y la escritura como una carga y se atemorizan de ellos mismos porque saben que su bagaje lector es muy pobre, y sus escritos, como lo diría Cervantes en el capítulo VII de su Quijote, “con poca sal en la mollera”; así ejercicios académicos de lectura, argumentación, reflexión, síntesis, y demás, quedan confinadas a un segundo plano.

En consecuencia, entrar a la universidad demanda responsabilidad y compromiso consigo mismo, con el acto de estudiar, de prepararse, y sobre todo, de leer; con la familia, con los compañeros de clase y los profesores; con la institución y con la sociedad a la que va a aportarle; y con el mundo. Mientras tanto, la universidad les ofrece variedad de positivas transformaciones, entre ellas como lo afirman Zuleta (1982) y Richard y Linda (2003), aprender a leer y a pensar críticamente. Con frecuencia, el primer semestre se convierte para los desprevenidos novatos en un harnero que les hace saber en dónde están, y aterrizan en la realidad académica de reprobar algunas asignaturas, todo porque hay una voz de colegial interna que les dice “más tarde leo”.

A la sazón, en equipo de trabajo con los maestros, muchos estudiantes terminan el primer semestre con “la cabeza sobre los hombros” frente a las cuestiones académicas; pero, para que la tarea no sea tan ardua, esos seis, y en algunos casos más, años de “paso por el colegio” deberían crear conciencia frente al siguiente nivel académico: la universidad. Profundizar en estrategias lecto-escriturales en todas las áreas y la creación de talleres de literatura como un espacio independiente de la clase de español, podría ser un recurso en el bachillerato para que el colegio esté enchufado con la universidad y armonizar su paso por el *Alma máter*.

Desde luego que algunos maestros son frágiles frente a la volubilidad tecnológica del mundo actual: no se les manda archivos inmediatos por el *celular* o la *Tablet* (el correo electrónico ya no es actual, por tanto los dispositivos móviles son únicamente para el *whatsapp*), sino que se deja el material de lectura (libros, capítulos, artículos, etc.) en la fotocopidora; se preparan las diapositivas en *power point* y no en la web 3.0, y de cuando en vez, se usa el *blog* para comentar temas. En relación con la lectura, se sugieren textos cortos pero imprescindibles, a partir de los cuales se interpreta, dialoga, critica, analiza y se crean textos escritos nuevos a manera de comentario, resumen, reseña, ensayo, artículo, cuento, poesía, autobiografía, hasta cartas y canciones sin música.

Insisto, aunque esto sea frecuente no se da en todos los casos, por eso no se debe generalizar. Mientras algunos “principiantes” entran a la universidad para formarse como seres humanos críticos, y a cumplir con sus compromisos; otros entran a un parque de diversiones, a una pasarela, a un paseo turístico. Es de relacionar esta situación con el desinterés y el desconocimiento del programa al que se inscribieron, o con no darse cuenta de que están en un ámbito universitario.

Bien pareciera, por lo anterior, que se dejó de observar el mundo, de leer el mundo, los jóvenes no se detienen en la necesidad de crear, siguen con la convicción de que todo ya está creado, y se busca refugio en el internet, el televisor, el computador, la tableta, el celular y los videojuegos, que a diario nos insisten en que ahí está todo. Pensar que todo está creado, que no hay que crear nada y no sentir la necesidad, por lo menos, de innovar algo, conduce a pensar que no sabemos leer el mundo o hemos perdido esa capacidad de encontrar soluciones y dar explicación a fenómenos presentes en nuestra existencia.

En ese sentido, si no se tiene la necesidad de curiosear, indagar, consultar, seguramente no se tiene la necesidad de leer. Si no se siente interés por la lectura, no se lee. El interés nace del asombro, de la capacidad de admiración que cada quien tiene. Posiblemente, este es uno de los elementos básicos para la lectura. Despertar la capacidad de asombro frente a las cosas y frente al mundo es la carencia de muchos jóvenes contemporáneos. Sin generalizar, actualmente, la épica, la lírica, la tragedia y la comedia clásicas, o la poesía y la narrativa no toca a nuestra juventud, no despierta en ellos las ganas de leer, de escuchar leer, de

contar lo escuchado, porque la capacidad de asombro se ha evaporado, quizá porque estamos en el preludio de las generaciones cibernéticas.

Es sabido que la “lectura es un trabajo” decodificador y comprensivo que, a través de la inferencia, permite interpretar el sentido del texto. Cuando lee, el lector entra en mutuo diálogo con el texto, lo cuestiona y se cuestiona, construye significado, produce discurso y asume una posición crítica frente a lo que lee, facilitando ordenar su pensamiento, desarrollar la criticidad y la expresividad; luego, el lector no es una alma conforme, sino que hace parte protagónica de ese proceso de lectura que amplía el bagaje cultural, lingüístico y construye momentos de creación y re-creación que traspasan las barreras de tiempo y espacio, lo cual es complemento de la curiosidad intelectual y científica.

Por esto, el mero acto de pasar la vista sobre el papel impreso o la pantalla del computador para identificar letras no hacen lectores; así, es preciso encontrar el gusto, la motivación y el interés, por la lectura, que permitan abordar los libros de modo creativo, pues como ya es sabido, el lector se hace y no nace. Por consiguiente, hay que vivir la lectura, que la dermis y la epidermis sientan y que el ser se afecte, si no es así, simplemente se estará pasando los ojos por las letras impresas.

En este sentido, se deja de lado la lectura literal, crédula, explícita, hasta donde la competencia lingüística tiene alcance, y aparece la lectura significativa, contextualizada, supuesta, intertextual que obedece a visiones de mundo; como lo afirma Bajtin (1989), nunca leemos desde una madero liso, siempre lo hacemos desde un acervo hecho por la propia vida cotidiana; de este modo, la lectura no es un aspecto ajeno a la persona, sino que a partir de sus experiencias, sus circunstancias, saberes previos es que se halla significación.

Proceso de lectura

Tanto el autor que produce un texto con sentido y significado, como el lector despejado, cuidadoso y rumiante que los interpreta y comprende, y el mismo texto del cual depende el lector para reconstruir dicho sentido y significado, tercián en el proceso de lectura, el cual relaciona intrínsecamente lo óptico, lo sintáctico y lo semántico. A través de la percepción visual (óptico) el cerebro distingue la información apta y discrimina la no apta. El lector se enfoca en la cadena de palabras (sintáctico), puesto que el texto no es un tejido uniforme, sino que su estructura se establece por medio de oraciones interconectadas que expresan proposiciones. El significado (semántico) es la consecuencia de la coherencia entre las oraciones que formulan el sentido global del texto.

Sin duda, cada lector, para comprender lo que lee, abre su abanico de estrategias como inferencia, intertextualidad, formulación de preguntas, entre otras.

Al respecto, Goodman (1982, p. 22) sugiere el muestreo, la predicción, la inferencia, el autocontrol y la autocorrección. El muestreo corresponde a escrutar la información necesaria y provechosa; en la predicción, el lector se anticipa al texto; mediante la inferencia, complementa la información implícita del texto con la información explícita; el autocontrol garantiza la construcción de sentido y significado; y, la autocorrección evalúa la información recogida para darle sentido al texto.

Saber leer

Como diría Cervantes en el capítulo XXV de su novela cumbre: "...quien lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho", para referirse al cultivo de la lectura que enriquece el acervo cultural y la visión de mundo. La lectura no es ajena a la persona, sino que la complementa cuando el individuo halla la significación del texto y le asigna sentido.

El proceso lector involucra interpretar y comprender, esto es pensar, construir e interrelacionar los significados y ajustarlos al contexto para dar sentido global al texto; En este sentido, "leer no es recibir, consumir, adquirir", sino que "leer es trabajar" (Zuleta, 1982), es decir, un texto comporta mensajes manifiestos que el lector, bajo procesos metacognitivos, debe interiorizar de acuerdo con sus pre-supuestos, pues el lector no solo interactúa con el autor y el texto, sino igualmente lo hace con su entorno social y cultural.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Tal vez todos entramos al nivel "superior" sin contarnos entre los diez y su mayor esfuerzo, tal vez con muchas debilidades no solo en lectura y escritura, sino en ubicación espacio-temporal, pasar de la escala de 1-10 a la escala de 0-5 o de la evaluación cualitativa a la cuantitativa, de la protección del maestro a la autonomía, etcétera; pero nos "hallamos" en la universidad, los textos y sus lecturas nos asaltaron, los paquetes de fotocopias "para mañana" crearon hábito, el café negro y la discusión dentro del grupo de estudio nos enseñó de filosofía, investigación, derecho, psicología, pedagogía, lingüística, educación y tecnologías. Pero también vimos desfilar con su "morral escolar" a muchos jóvenes que no lograron conformar el selecto grupo de los llamados Estudiantes Universitarios.

El secreto está en la lectura. Se necesita interés, curiosidad, ganas de crear y, sobre todo, pensar en que no todo está hecho. Reducirle el tiempo recreativo al televisor, *facebook*, *instagram*, *twitter*; al *chat*, *whatsapp*, *Messenger*; a los juegos *online*; al *Xbox*, *nintendo*; y tomarse el tiempo para descubrir los libros en los anaqueles de las bibliotecas, en las repisas de las librotecas, en los estantes de

las politecas, sean estas físicas o virtuales. Entonces, podría dársele un giro a la vida personal, laboral, universitaria y conducirla hacia algo mejor.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus.

Cervantes, M. (1966). *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*. Madrid: Espasa-Calpe.

Goodman, K. (1982). *El proceso de lectura: consideraciones a través de las lenguas y del desarrollo*. En Ferreiro, Emilia y Gómez Palacio, M. (Comp.), *Nuevas perspectivas sobre los procesos de lectura y escritura*. México: Siglo XXI.

Richard, P. & Linda, E. (2003). *La mini-guía para el pensamiento crítico. Conceptos y herramientas*. Recuperado de: www.criticalthinking.org/resources/PDF/SP-ConceptsandTools.pdf Similares

Zuleta, E. (1982). *Sobre la lectura*. Universidad Nacional. Sede Medellín. Bibliotecas.